

Presentación

El mundo según el Corazón de Dios no es lo que solemos entender por un mundo ideal e inalcanzable por lo mismo o hipotético, sino todo lo contrario, el único mundo real y eterno, que verdaderamente existe.

Nuestros ojos están habituados a los esquemas o apariencias de que habla San Pablo, cuando dice: «*Pasa la apariencia de este mundo*» (I Cor. 7,31).

El desconcierto es enorme cuando los principios y lenguaje de un mundo son traspuestos al otro. Ordinariamente no se encuentra otro recurso para salvarlos que hablar de pensamiento paradójico, exageraciones o formas literarias. Esto supone que no se los distingue.

El nudo del equívoco es muy sencillo. Para el común de los hombres el mundo en que estamos acostumbrados a movernos está pendiente de Dios, sí, pero es ordenado y dirigido por las criaturas, concretamente el hombre, y el mundo según el Corazón de Dios, al revés, es sostenido, dirigido y ordenado directamente por Dios a través de las criaturas. Lo que en el cambio de la frase se esconde no es un puro juego de palabras, sino en el mismo objeto una realidad muy diversa, porque el mundo formado por todo lo que San Pablo dice que ha de desaparecer es construido y ordenado por la voluntad de las criaturas en el uso del «poder» recibido de Dios, pero el mundo según el Corazón de Dios es construido y dirigido solamente en la VOLUNTAD DE DIOS. Por eso el mundo construido en la voluntad de las criaturas es fugaz y perecedero. El mundo, según el Corazón de Dios, es un mundo eterno.

El proceso en que nos encontramos es más bien de manifestación del mundo querido por Dios. La realidad es la misma porque Dios es el que le ha llamado a cooperar al hombre a lo que él, quedándose en sí mismo, llama construcción, pero que, en los Designios de Dios, no es más que una manifestación.

Esta verdad tan elemental y sencilla no siempre es tenida en cuenta por el hombre. Y cuando los valores y las perspectivas han sido alterados hasta la misma capacidad de comprensión de la existencia se desvanece. Esta se presenta como un absurdo.

La verdadera perspectiva y orden de valores nos la da el Evangelio, pero nosotros con nuestras cobardías y acomodamientos lo estamos también corrompiendo. Para justificación, cuando todavía no nos hemos atrevido a negarlo del todo, acudimos a teorías y explicaciones que lo desvirtúan.

Saliendo al encuentro de estas orientaciones, UN MUNDO SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS quiere recordarnos las estructuras del mundo querido por Dios en toda su pureza y con todas sus exigencias.

Que hemos de cambiar nuestra mirada sobre la realidad, haciéndola penetrar en profundidad a través de estas apariencias que para nosotros frecuentemente constituyan el sustituto de la realidad, y ¿qué duda cabe?

¿Y no será a esto a lo que nos está llamando la contestación total que ha invadido y está cuarteando el mundo en que vivimos?

A esta luz ya no parecerá tan extraño el fenómeno y comenzaremos a comprender, finalmente, que el Evangelio hay que tomarlo en serio, como no *se* hacía en un

cómodo «establishment» que nos permitía gozar sin inquietudes beatíficamente de este mundo. La finalidad del Evangelio no es tanto apuntalar y mantener en pie una sociedad que se desmorona o hacer mejor y más confortable al mundo cuanto hacernos conocer y darnos la posibilidad de vivir real y conscientemente en la VOLUNTAD DE DIOS, de acuerdo con nuestra vocación de hombres, llamados por Dios a cooperar en la OBRA de Dios.

Es lo que forma el contenido de este libro. En él son puestas las bases y estructuras fundamentales de una contestación total al mundo desde el Evangelio. Muchas de las contestaciones ciegas que agitan al mundo de hoy podrían encontrar una respuesta a sus más profundas aspiraciones volviendo sus ojos al Evangelio. Predicar el Evangelio en todo su rigor y exigencias, como lo están pidiendo, quizás sin saberlo ni tener conciencia de ello, las multitudes contestatarias, sobre todo de jóvenes, es lo que pretende UN MUNDO SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS.

Fr. José BARRIUSO